III.

El hogar paterno.

LA Señora Murillo cayó casi desmayada de emocion en los brazos de su hijo: besos, lágrimas, suspiros y ni una palabra. D. Bartolo y Elena por un lado, y Jorge por otro, contemplaban tambien llorando aquella escena.

Por fin el hijo se desprendió de la madre para caer en los brazos de su padre y de la hermana; y asi enlazados, los tres penetraron á la asistencia seguidos de Doña Guadalupe y de Jorge, en quien apenas habian reparado.

Todos los criados, atraidos por la novedad, se agrupaban en las puertas, y el ama de llaves, mas atrevida, vino á abrazar á Eduardo llorando tambien, y todos los demas la imitaron.

Para todos en la casa, el niño, como le decian á Eduardo, volvia de un viaje á los Estados-Unidos: solo la familia estaba en el secreto.

—Padre—dijo Eduardo cuando todos los criados salieron—le presento á usted á mi amigo Jorge: él ha sido para mí un hermano, un compañero inseparable: mamá, véale usted; háblale, Elena: él las conoce á ustedes, porque siempre le hablaba yo de ustedes, ¡es tan bueno!

D. Bartolo estrechó cariñosamente la mano de Jorge; Doña Guadalupe hizo lo mismo, y Elena alargó tímidamente la suya.

—Viene muy enfermo—agregó Murillo.

¡Cómo! ¿Pues qué tiene usted? preguntó precipitadamente Doña Guadalupe.

—Es cualquier cosa—respondió Jorge, desplegando sus lábios por la primera vez.

—Sí, cualquier cosa—dijo Murillo—no le crea usted, mamá: tiene un sablazo en la cabeza, que casi le dividió el cráneo.

—¡Jesus!—exclamó Elena palideciendo.

—¡Ave Maria!—dijo Doña Guadalupe. ¿Pero cómo no nos avisaste luego, Eduardo?—Siéntese usted, señor: ahora mismo enviarémos por un médico.

—No tenga usted cuidado, señora—contestó Jorge—le he recibido hace mucho tiempo, y casi estoy sano.

—Como que yo le hice la primera curacion—dijo Eduardo.

—Asi saldria ella—agregó D. Bartolo.

—Pero nosotros tenemos hambre: ¿es verdad, Jorge?

Jorge no contestó.

—Hija, que pongan la cena—dijo D. Bartolo.

—Ya está; vamos.

—Pues vamos.

Y Eduardo, como un niño, se dirijió al comedor, colgado casi del cuello de Doña Guadalupe.

—Vamos, señor—dijo á Jorge D. Bartolo.

—Cuando usted lo disponga.

Y los dos, precedidos por Elena, siguieron á la madre y al hijo.

La cena fué quizá de las mas alegres de aquella familia.

Los criados servian con una diligencia inusitada.

Jorge comenzaba á tener confianza, y tomaba parte activa en la conversacion.

Entretanto el ama de llaves iba de aquí para allá, preparando las camas de los huéspedes.

Terminó, y fué á dar parte en voz baja á Doña Guadalupe.

—Señora, he puesto dos camas en la recámara de allá arriba.

—¿Hay aguamanil y todo lo necesario?

—Sí señora.

—Pues ponga usted ya la luz, porque deben venir cansados y querrán acostarse.

—Jorge en mi misma pieza—dijo Eduardo adivinando de lo que se trataba.

—Asi está—contestó la madre.

Apesar de todo, la sobremesa se prolongó demasiado, ya hablando de negocios de familia, ya de los conocidos de la casa, ya de la herida de Jorge.

Llegó el momento de separarse, y se convino en que debia ir un médico al dia siguiente, para comenzar la curacion, y que se diria que los dos jóvenes, regresando de los Estados-Unidos por el rumbo de Acapulco, habian sido asaltados por unos ladrones que habian herido á Jorge.

Ademas, temprano los sastres se pondrian en campaña para vestir á los recien llegados.

Eduardo besó la mano de su padre, y la frente de su mamá y de su hermana, y se retiró á su habitacion conduciendo á Jorge.

En esta noche Murillo no olvidó que era el enfermero de su amigo: le ayudó á desnudarse, y luego que le vió ya acostado, se sentó en la orilla de la cama.

—¡Qué diferencia entre esta noche y las que hemos pasado y volverémos á pasar en la campaña!—dijo Murillo.

—Parece un sueño—contestó Jorge—Increible se me figura que hace tan poco tiempo hayamos estado tan lejos de aqui y en una situacion tan espantosa.

—¿Te acuerdas de la noche de la cañada de Papasindan?

—¿Y de nuestro camino hasta los picos de Cucha?

—¿Y del negro Cármen que nos salvó?

—¿Y de la buena Margarita?

—Parece imposible que estemos aquí, enmedio del Imperio, recordando esas cosas.....

Dos golpes se oyeron en la puerta.

—Adentro—dijo Eduardo.

—¿Aun no se duerme aquí?.....dijo D. Bartolo entrando.

—No señor, contestaron los dos jóvenes.

—Recordábamos, padre, nuestros trabajos.....

—A propósito de eso vengo—interrumpió D. Bartolo algo embarazado—Quiero preguntarte si vienes ya á vivir á tu casa tranquilamente.

Murillo se puso encendido de vergüenza.

—Padre mio—contestó humildemente—¿usted puede creer que un hijo suyo abandone sus banderas?.....

No pudo concluir: los brazos del honrado viejo estrechaban su cuello.

—Bien, bien—decia enternecido—ya me lo esperaba yo, ya me lo esperaba..... fui un tonto al pensar.....

—Padre, vengo á una comision importante: el general.....

—Nada me digas, guarda tu secreto: son cosas del servicio, y tú eres ya un hombre, un soldado. No queria yo saber mas: hasta mañana, hasta mañana: que Dios te haga feliz.

Y el viejo salió precipitadamente, ocultando una lágrima que rodaba por su rostro.

—¡Qué bueno es mi padre!—dijo Eduardo—metiendose en la cama.....¡Oh! ¡y qué noche vamos á pasar tan tranquila! Sin alarmas, sin gefe de dia.....¡Pobres de nuestros compañeros! ¿Qué estarán haciendo? Hasta mañana, Jorge.

—Hasta mañana.

Un momento despues los dos dormian soñando en sus amigos.

Por supuesto, que muy entrado ya el dia siguiente, todavia se prolongaba aquel sueño.

Pero á las doce los dos amigos bajaron al comedor completamente trasformados: no eran ya los chinacos que conocimos de blusa encarnada y pantaloneras grises.

Elegantes trages habian sustituido á sus pobres ropas de camino, y cada uno de ellos era un guapo mozo.

Jorge habia sufrido su primera curacion de mano de un médico, y no llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo: su pelo rizado y sedoso cubria la herida, y su rostro pálido hacia resaltar sus negros y brillantes ojos, y su atusado bigote habia tomado una elegante curva: aquella fisonomía era lo que verdaderamente se llama interesante.

La familia de Eduardo, que le habia visto en la noche, y con el trage de campaña, esperaba al verle salir, sentir esa especie de disgusto que nos causa contemplar á un buen amigo, á un hombre honrado, con un trage que le hace ridículo; pero al llegar al comedor en donde estaban los dos jóvenes, casi le desconocieron.

Jorge habia hecho sus estudios en un colegio de los Estados-Unidos, y tenia esas maneras corteses y despejadas, tan naturales en los hombres que han viajado por diversos países.

A Elena le pareció tan bien, que no pudo quitarle la vista en toda la comida; y casi se arrepintió de no haberle hecho caso la víspera.

—Es un hombre de sociedad tu amigo—dijo á Eduardo.

—Vaya si lo es; y tan instruido como valiente.

—¿Es mexicano?

—Mexicano; pero anda como yo en campaña, sin ser soldado: solo por amor á la patria.

Jorge no advirtió que Elena le miraba, ni que hablaba de él: estaba distraido.

—¡Qué simpáticó! pensó Elena; y luego dijo á su hermano: tu amigo parece triste.

—Sí: está enamorado.

—No pensaré mas en él, pensó Elena; y ya no le vió.

Jorge tampoco observó que ya no le miraba.

Acabó la comida, y los dos amigos salieron á la calle.

Elena los vió por el balcon.

—Está enamorado, se dijo: ya no pensaré en él.

Y sin embargo, pensaba.

La pobre niña comenzaba á enfermar.

La desgracia, el valor y el talento, son tres cualidades que cautivan á una muger de corazon.

Elena era una muger de corazon.

Jorge tenia talento y valor, y era desgraciado.

¡Pobre Elena!

Jorge soñaba aun en Alejandra.

¡Pobre Alejandra!

Elena pensaba ya en Jorge.

¡Qué alma de mugeres tan semejante, qué suerte tan diversa!

La una envuelta en seda y encajes, tenia, á su pesar, á Jorge como una esperanza.

La otra, pobre, caminando á pié por el Sur de Michoacan, llevaba por único consuelo, el pensamiento de Jorge como un recuerdo.

¿Jorge podria llamarse un hombre afortunado?

Las fuerzas iguales y contrarias se destruyen.

Lo mismo puede decirse en amores.

Cualquiera de estos dos amores podia hacer la felicidad de Jorge.

Los dos labrarian su desgracia.

IV.

Don Juan de Caralmuro.

MURILLO y Jorge se dirijieron audazmente y con ese valor que dan la juventud y la conciencia de una buena causa, por las calles principales, hasta llegar á la primera de San Francisco.

Algunas veces encontraban soldados y oficiales franceses ó imperialistas, y al principio sentian una extraña mezcla de indignacion y temor, pero nada podian alli contra ellos, y esto templaba su cólera; y ellos estaban tan cambiados que no podian ser reconocidos, y esto disipaba su temor.

Llegaron por fin á la calle de San Francisco, y Murillo entró resueltamente en una hermosa casa, que casi tenia la apariencia de un palacio.

Una elegantísima berlina con dos magníficos caballos prietos, ricamente enjaezados, estaba al pié de la escalera; varios laca-

yos con severas libreas azules, cruzaban por el patio, y al derredor de él, atados en las argollas que pendian de las paredes, se veian soberbios caballos de tiro y de silla.

Eduardo se dirijió al viejo portero, que sentado al sol en una especie de silla sin respaldo, leia un periódico con el auxilio de unos lentes redondos, montados en hoja-de-lata, y que cabalgaban sobre sus narices, comprimiendolas hasta volver gangoso al individuo.

—¿Vive aquí el Sr. D. Juan de Caralmuro?

—Sí señor, dijo el portero sin dignarse apartar la vista de su periódico.

—¿Estará en casa?

—Suba usted.

Esta no es una respuesta, pero asi dicen los porteros, para evitar el que á su contestacion afirmativa, siga la pregunta que ellos suponen casi segura: ¿podré hablarle?

Los porteros de las casas opulentas economizan palabras y cumplidos.

Son como los buldogs, capaces de desconocer á su mismo amo, si le ven con un traje distinto.

Eduardo y Jorge conocian que aquel permiso del portero era el todo.

Hay en todas las plazas fuertes un punto del que se dice: "tomado tal punto, está tomada la plaza."

En las casas de los grandes, ó en los ministerios, tomado el portero, está tomada la casa; el portero da el exequatur.

Los dos amigos comenzaron á subir lentamente la escalera, y el viejo portero, sin dejar por supuesto su lectura, alargó con negligencia la mano, y tiró del cordon de una campanilla, que produjo un lijero repique: aquel repique anunciaba las visitas, y marcaba el "hasta aquí" de la responsabilidad porteril.

Un criado salió al corredor, y se acercó sin hablar.

—¿El Sr. Caralmuro? dijo Murillo.

—Pasen ustedes á la sala, voy á avisarle.

—Eduardo Murillo, dijo Eduardo; y siguió por el corredor y entró en la sala con su amigo.

Todo en aquella casa anunciaba no solo la opulencia, sino el gusto y la elegancia: magníficos muebles, ricas alfombras, colgaduras y tapices de seda; mármoles, bronces, espejos, pinturas; candelabros y adornos caprichosos y de esquisito trabajo; todo esto combinado de la manera mas artística y graciosa.

Y sin embargo, se notaba que en aquella casa faltaba la vida: no se escuchaba mas ruido que el de los caballos que piafaban en el patio, y el que hacian abajo los criados hablando ó silbando alguna cancion popular.

—Aqui no debe haber señoras, dijo Jorge.

—En efecto, contestó Murillo: Caralmuro no tiene familia, y le sirven solo criados varones. ¿Pero en qué lo conoces?

—¡Vaya! en mil cosas: en primer lugar nota que habiendo aquí tanto lujo, no hay un piano; tampoco hemos visto en el corredor pájaros de ninguna especie; las macetas míralas tan severamente arregladas, que denuncian la mano de un jardinero, y no la direccion de una señora: ademas, nota en el mármol de las mesas y en el dorado de esos marcos, polvo; y las señoras no se llevan con el polvo, mientras los hombres, por muy delicados que sean en el aseo de sus casas, hacen de esto poco aprecio.

—Tienes razon.

Una de las puertas se abrió sin hacer el menor ruido, y el dueño de la casa se presentó: los dos amigos se pusieron en pié, y Eduardo se adelantó á saludarle.

D. Juan de Caralmuro era un hombre como de cincuenta años de edad, aunque sus cabellos estaban casi blancos, trigueño, con una hermosa y despejada frente, completamente rasurado: tenia una blanquísima dentadura que mostraba amenudo

en su benévola sonrisa, y alumbraban su rostro dos ojos grandes, negros y penetrantes.

—¡Eduardito! dijo abrazando cariñosamente á Murillo: ¡cuánto gusto tengo de verle! ¿Cómo ha ido de trabajos? ¿cómo ha encontrado usted á su padre y á la familia?

—Muy bien, señor, muchas gracias, contestó Eduardo: tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo Jorge Ruiz.

—Servidor de usted, dijo Jorge.

—Mucho gusto tengo en conocerle, contestó Caralmuro estrechando la mano de Jorge; ya los esperaba yo.

—¿Nos esperaba usted? exclamó Murillo.

—Sí, anoche recibí un papelito del general, en que me anunciaba á ustedes y me avisaba la toma de Zitácuaro.

—¿Pero cómo tan pronto, si nosotros no hemos perdido ni un dia? ¿por qué conducto?.....

—Deje usted, que esos son secretos de su general, dijo graciosamente Caralmuro: ya sé cual es el objeto de ustedes al venir á México, y hablarémos algo hoy, porque un amigo me espera en el comedor.

—Entonces volverémos á otra hora, dijo Murillo.

—No hay necesidad: aprovecharémos el tiempo: en primer lugar, tengo órden de proporcionar á D. Jorge lo que necesite para su curacion, y él podrá decirme.....

—Señor, interrumpió Murillo, Jorge viene conmigo, y en mi casa tendrá cuanto necesite: nosotros conocemos la escasez de fondos de nuestro ejército, y no le gravarémos, porque no es necesario.

—Dice muy bien Eduardo, señor, y yo tendria remordimiento si tomara algo para mí cuando nuestros soldados están tan infelices.

—Muy bien, jóvenes, muy bien: con patriotas como ustedes, es preciso que triunfe una causa tan santa..... Vamos á otra cosa: he mandado buscar ya los cápsules, y dentro de dos

ó tres semanas podremos remitir con la señora que viene para llevarlos, una gran cantidad. ¿Usted ha de ver á esa señora?

—Tan pronto como llegue.

—Bien; usted me tendrá al tanto: ahora á lo que importa mas: ¿ha pensado usted algo respecto de Romero?

—No señor, acabo de llegar, y no sé qué habrá.

—Su causa vá muy mal; hay gran empeño por fusilarle de parte de los franceses, y tanto, que creo que por ese lado toda esperanza está perdida: no nos queda mas recurso que trabajar con Maximiliano para obtener el indulto, en el caso mas que probable de que salga sentenciado á muerte; pero para esto es necesario conseguir certificados é informes que le favorezcan, sobre todo, respecto al ataque de Metepec.

—Señor, si hay hombres honrados que no teman decir la verdad, tendremos esos informes, porque todo el mundo ha visto siempre al coronel procurando dar garantías, contener á la tropa, y atenuar, en cuanto ha sido posible, los males de la guerra.

—Bueno; pues enviarémos á buscar estos informes: esta tarde me traerá usted una lista de las personas de quienes podemos valernos en Toluca, Tenango, Ixtlahuaca y Metepec.

—Está muy bien.

—Ahora vamos por el comedor á que tomen ustedes una taza de café, en compañía de uno de mis mejores amigos.

Caralmuro se levantó y condujo á Jorge y á Murillo hasta el comedor, atravesando varias piezas, en las que se notaba el mismo lujo y la misma elegancia que en la que ya habian visto.

Un hombre de la misma edad casi que Caralmuro, esperaba en el comedor, fumando un magnífico puro habano. Delante de él, encima de la mesa, un gracioso servicio de café, cuyas piezas tenian formas caprichosas, fantásticas verdaderamente, esperaba á los convidados.

Al entrar Jorge y Murillo, el hombre se puso en pié.

—El Sr. D. Felipe Mondragon, dijo Caralmuro, presentandole: D. Jorge Ruiz, D. Eduardo Murillo.

Los tres se estrecharon ceremoniosamente las manos, y se sentaron al derredor de la mesa.

Una hora despues, todavia tomaban café y platicaban como si todos fueran antiguos conocidos.

V.

Los certificados.

Sonó la campanilla del portero, y un criado entró anunciando á D. Celso Valdespino.

—Que pase á la sala, dijo Caralmuro.—Señores, dentro de un instante estaré con ustedes: este sugeto que me busca, me trae noticias que me importan demasiado: supongo que ustedes tendrán la bondad de esperarme.

—Vaya usted con confianza, dijo Murillo.

Caralmuro salió del comedor, y se dirijió á donde le esperaba Valdespino.

D. Celso, á quien ya conocemos demasiado, estaba severamente vestido de negro, y jugaba distraidamente con una gruesa caña con empuñadura de oro, que le servia de baston.

Al ver á Caralmuro, se arrojó en sus brazos, y los dos se estrecharon con efusion.

—Amigo D. Celso, ¡cuánto gusto tengo en verle!

—Sr. D. Juan, ya me tiene usted aquí, y lo que es mas, con brillantes noticias.

—Cuénteme usted, cuénteme usted, que estoy impaciente, y usted comprenderá que tengo motivo para ello.

¡Oh! sí señor, y tanto que usted vé que no he vacilado para servirle, en emprender mi peregrinacion á la costa, de donde afortunadamente he vuelto con salud.

—Gracias.

—Pues señor, para no tener á usted por mucho tiempo en la incertidumbre, voy á referirle en compendio cuanto he podido averiguar, sin ocultarle nada, aun cuando haya cosas que lastimen su corazon.

—Hable usted, hable usted.

—Llegué á Acapulco, y comencé á preguntar por todas partes á los mas ancianos de la poblacion, por el paradero de Margarita y de su hija, pero nada, nada. Ya comenzaba á desesperarme porque los meses se pasaban sin obtener la menor noticia, cuando un dia una vieja pordiosera que me pidió limosna, y á la que pregunté tambien siguiendo siempre el propósito de tomar informes de todo el mundo, me indicó que Margarita, poco tiempo despues de la muerte ó desaparicion de su marido, se habia ido á vivir al pueblo de San Luis, en donde tenia unos parientes ó conocidos.

Como era natural, me dirijí inmediatamente á S. Luis, en donde pude saber que al poco tiempo de su llegada á aquel pueblo, Margarita habia muerto, y la niña de cuatro años de edad, habia sido recojida por una familia de México que casualmente estaba alli, y que por esos dias regresó para esta capital. Aqui tiene usted un certificado con la firma del padre cura del pueblo, D. Antonio Ruiz, de la partida de entierro de Margarita, que consta en los libros del Cuadrante de la Parroquia.

—¡Pobre Margarita!—dijo Caralmuro—y cubriendo su rostro con ambas manos, quedó sumerjido en una profunda melancolía.

—Este otro documento, continuó D. Celso sin darse por entendido del dolor de Caralmuro, es la relacion de su enfermedad y de la salida de la niña para México con la familia de que le he hablado á usted, y está firmado por un honrado herrero del pueblo, antiguo vecino, que se llama D. Ladislao Pamplona.

—¿Es decir que la niña se ha perdido, y tal vez para siempre?

—¡Ah! no señor, contestó D. Celso, sonriendo con aire de satisfaccion—de ninguna manera: he seguido su huella, y vive, y está aqui en México.

—¿En México, D. Celso? ¡En México! ¡Oh! vamos, vamos á verla: los caballos están enganchados.....

—Paciencia, Señor D. Juan, paciencia, que no se ganó Zamora en una hora: usted la verá, y lo que es mas, muy pronto la tendrá usted á su lado; pero antes es necesario ver á la persona que la tiene, y no podrá ser hasta mañana en la noche que yo vendré por usted.

—Oh, gracias; gracias: ¡cuánto le debo á usted!.....

—Ya lo sé, ya lo sé; y comprendo el inmenso deseo que usted debe tener de volverla á ver; pero mañana en la noche la conocerá usted, y muy pronto podrá traerla á su casa. Por ahora me retiro: le dejo á usted esos certificados, y nos veremos mañana en la noche á las ocho; con que adios, Señor D. Juan.

—Señor D. Celso, ¿se vá usted, y nada me dice de los gastos de su viaje, &c.?

—Será mas tarde; hasta mañana.

—Pues cuando usted guste; hasta mañana.

D. Celso bajó la escalera, radiante de satisfaccion, y Caralmuro volvió al lado de sus visitas, pálido y con los ojos encarnados y llorosos.

—¿Qué hubo?—pregunto Mondragon, como quien conoce el negocio de que se ha tratado—¿qué tales noticias?

—Muy malas y muy buenas.

—Mas vale asi.

—Señores, dijo, dirijiendose Caralmuro á Jorge y á Murillo, que se habian levantado y tomaban sus sombreros para retirarse—dispensen ustedes esta pregunta, que tal vez sea indiscreta: ¿en sus expediciones, alguno de ustedes no ha tenido ocasion de pasar por un pueblo que está cerca de Acapulco, y que se llama S. Luis?

—No, indicó Murillo con la cabeza.

—Yo sí, dijo alegremente Jorge.

—¿Y conoce usted alli al cura Don..... Don.....dijo Caralmuro buscando la firma en el documento.

—¿Antonio Ruiz?

—Sí; eso es, dijo precipitadamente Caralmuro, eso es, Antonio Ruiz.

—Tanto le conozco, agregó Jorge, que le miro como á mi padre: él me ha educado, y me ha dado hasta su mismo apellido, apesar de que no somos ni aun parientes.....

—¿Y será usted capaz de decirme si esta firma.....

—Oh, es la suya, dijo Jorge besando la firma en un arrebato de ternura.

—Es el certificado de una partida del Cuadrante—dijo Caralmuro, para satisfacer la curiosidad que adivinaba en el semblante de Jorge.

—¿Hace poco que llegó?—preguntó el jóven.

—Me parece que ayer: de manera que usted debe estar tranquilo por su salud; ademas, yo me informaré.....

—Mil gracias: será para mí un gran favor; pero no mas que no entienda nadie que yo quiero saberlo, porque tal vez sea esto motivo para que descubran nuestra venida á México.....

—Pierda usted cuidado: yo me encargo de ello, y pasado mañana espero á ustedes.

—Muy bien.

Los dos amigos se despidieron; y apenas habian salido de la habitacion, Caralmuro tomó la mano de Mondragon, y sacudiendola convulsivamente, le dijo con una voz trémula de emocion:

—Margarita ha muerto, pero mi hija vive, vive: está en México, y mañana mismo debo estrecharla contra mi corazon.

Mondragon alzó los ojos al cielo.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó oprimiendo la mano de Caralmuro entre las suyas, él aun puede ser feliz; pero yo ni una esperanza siquiera sobre la tierra.

Una lágrima corrió por sus megillas hasta perderse en su tupida barba.

Y el padre de Alejandra y el marido de la "Guacha" se abrazaron llorando.